

HAITI EN LA FORMACION DE LA NACIONALIDAD DOMINICANA

Por Tirso Mejía Ricart

Introducción

El tema del proceso de aparición de la identidad nacional dominicana, ha venido aflorando de tiempo en tiempo entre los historiadores dominicanos y en la propia opinión pública, con particular insistencia a partir de 1966, luego del ingreso como profesores a la Universidad Autónoma de Santo Domingo, UASD, de un nutrido grupo de las nuevas generaciones intelectuales del país.

Este trabajo tiene por objetivo revisar críticamente los factores que contribuyeron a la formación de la nacionalidad dominicana, destacando dentro de ellos la influencia que ejerció en dicho proceso la existencia de la vecina nación haitiana; y aún antes, tras gestación y ulterior desarrollo del establecimiento colonial que le sirvió a ésta de progenitora, el "Saint Domingue" francés.

Para los fines de este trabajo, definimos el concepto "nacionalidad" como una colectividad humana usualmente vinculada a un territorio, historia, cultura e intereses comunes, cuyos integrantes perciben tener un mismo destino como pueblo y requerir gobierno y/o soberanía propios.

La dominicanidad, es decir, la nacionalidad dominicana, tuvo un largo período de gestación histórica y por lo tanto debemos encontrar sus raíces esparcidas a lo largo de más de tres siglos anteriores a la proclamación de la Independencia de la República, en 1844, a golpes de infortunios y luchas por el territorio y en virtud de los intereses que han unido a la comunidad que la originó.

Se ha dicho con ironía, pero no sin cierta veracidad, que las naciones son el producto de errores colectivos y del odio o temores comunes hacia los vecinos. Quizás resulte demasiado radical tal asevera-

ción, pero en el caso de la República Dominicana podemos afirmar que no se puede estudiar el surgimiento de nuestra identidad nacional sin examinar los múltiples aportes tanto positivos como negativos, que resultaron de la influencia de nuestros vecinos del Oeste a este proceso, de la misma manera que la historia contemporánea dominicana no se puede escribir sin tomar en cuenta la omnipresencia de los Estados Unidos de América, por lo menos a partir del gobierno de los 6 años de Báez, período por cierto en que se consolida definitivamente nuestra nación, tras el fracaso del intento anexionista de Báez y Grant.

Para analizar la influencia haitiana sobre la gestación y evolución de nuestra nacionalidad, dividiremos nuestra exposición a través de los diferentes períodos históricos del país: los antecedentes del siglo XVI, la fragua del siglo XVII, la reactivación colonial del siglo XVIII, las transformaciones y agonía del régimen colonial del 1795 al 1821, de los regímenes republicanos bajo tutela extranjera del 1821 al 1844; la Primera República (1844 — 1861) y la Anexión y Segunda República hasta la muerte de Heureaux (1861 — 1899).

LOS ANTECEDENTES DEL SIGLO XVI

La que fue la primera colonia europea del Nuevo Mundo conoció durante el siglo XVI diferentes ciclos de auge y decadencia económica, política y cultural en rápida sucesión. El primer ciclo, llamado de la "Factoría Colombina", basado en la recogida de oro de los ríos y minas a flor de tierra por los propios indígenas a quienes se les asignaban cuotas de entrega de acuerdo a su fortaleza y status so pena de castigos crueles, terminó tras el agotamiento del oro y de la propia población indígena, víctima de los malos tratos, las enfermedades y la falta de sus mujeres que les habían sido apropiadas por los conquistadores, y hasta por la falta de motivación genésica, debido al virtual cautiverio en que vivían.

Sin embargo, el colofón de esa etapa lo fue el levantamiento indígena de Enriquillo a partir de 1519, que logró finalmente, tras acuerdo con Carlos V, la libertad para los restos de su raza. Esta insurrección podemos considerarla como la primera manifestación exitosa de la búsqueda de una identidad diferente de la que imponía el colonizador español, aunque restringida a la menguante población autóctona.

De todas maneras, la insurrección de Enriquillo constituye sin lugar a dudas, un glorioso precedente en América en la lucha por la au-

todeterminación de los pueblos; y su resultado, el reconocimiento público de ese derecho en 1533 por parte del monarca más poderoso del mundo de entonces.

La colonia de La Española, empobrecida a causa de la falta de oro y trabajadores, tomó auge a fines de la segunda década del siglo, a partir del fomento del cultivo de la caña y la industria azucarera basados en el trabajo de negros esclavos importados del Africa. Dicha industria alcanzó un fugaz esplendor y generó nuevas riquezas a los colonos españoles de nuestra isla; pero los levantamientos de esclavos hicieron su aparición desde 1522, con el alzamiento de los jefes y sobretodo al mediar el siglo XVI, con los de Diego de Ocampo, Lemba y otros. Estos levantamientos y los escapes masivos de negros "cimarrones", junto al contrabando y la piratería, que disminuyó sensiblemente el comercio regular de la isla, terminaron echando a pique la industria azucarera en los últimos decenios de dicha centuria.

Los levantamientos de esclavos, la ruina de la industria azucarera, así como la emigración de colonos españoles, y el predominio de la economía ganadera y negocio de los "rescates" con los hateros al frente que siguió en ese período, constituyeron antecedentes importantes en la definición de la idiosincrasia dominicana que había de fraguarse entre los siglos XVII y XIX. Por cuanto constituyeron una respuesta local al monopolio comercial y la incapacidad de la metrópoli para darle vida a su decadente colonia insular.

El cimarronaje y la situación socioeconómica de una sociedad ruralizada y dependiente del pastoreo, impusieron un estilo de vida en el cual la pobreza generalizada, la cercana convivencia de amos y esclavos y el mestizaje, allanaron las diferencias sociales y contribuyeron a modelar la conciencia nacional dominicana, que se estaba comenzando a gestar.

LA FORJA DE LA SOCIEDAD DOMINICANA DURANTE EL SIGLO XVIII

Las devastaciones y despoblaciones ejecutadas por el gobernador Osorio durante los años 1605 — 1606 en las zonas Oeste y Norte de la isla, como recurso de las autoridades españolas para detener el contrabando y la contaminación protestante de los habitantes de la colonia, constituyeron un hito trascendental para la consolidación de la sociedad dominicana y el surgimiento de una identidad nacional.

Dichas medidas obligaron a gran parte de la población dominicana a abandonar sus tierras, su modo de vida y gran parte de sus pertenencias y animales, para reconcentrarse en torno a las ciudades de Santo Domingo y Santiago. Estas tuvieron que ejecutarse a sangre y fuego en distintos lugares, particularmente en los alrededores de Guaba (Hincha), donde la lucha por los habitantes por permanecer en sus heredades encabezada por el mulato Hernando de Montero, tuvo que ser sofocada con métodos brutales.

A partir de allí, la miseria, la emigración y la muerte a causa de la desnutrición y enfermedades de los desalojados redujo a niveles ínfimos la población dominicana, particularmente de sus élites. De ahí que la pobreza, la ruralización, el descenso cultural en la más vieja colonia del Nuevo Mundo, alcanzan niveles patéticos en los años subsiguientes.

Durante ese período se consolida progresivamente el mulato como el tipo humano predominante en la sociedad dominicana. La emigración de muchos propietarios convierte a muchos de esos mulatos e incluso a negros libres como propietarios-blancos de la tierra; como le llamaron.

El poder social se alejó poco a poco de las ciudades, e incluso la tierra era de escaso valor en un país despoblado. Fue la propiedad de gran número de cabezas de ganado lo que definió la mayor riqueza y el poder social entre los dominicanos desde fines del siglo XVI hasta finales del XVIII, y todavía durante el siglo subsiguiente en forma casi absoluta, con relación a la agricultura y la economía azucarera, hasta el triunfo de la Revolución Liberal de Luperón en 1879.

Por lo demás, la esclavitud adquirió durante el siglo comentado y el siguiente, formas mitigadas, particularmente si se le compara con la brutal explotación que padecían sus compañeros de infortunio de la creciente colonia francesa que fue surgiendo en la parte occidental de la isla, aprovechando la despoblación humana y el rápido crecimiento de ganado cimarrón en dicha zona, que con el correr del tiempo se fue convirtiendo en un emporio de explotación agrícola tropical, en base a trabajo esclavo, generador de grandes fortunas para los colonos europeos que se fueron asentando allí.

Sobre el tema de la esclavitud, en las dos partes de la isla se han expresado con frecuencia criterios opuestos en cuanto al factor que

considera más importante como causa de la supuesta diferencia en trato a los esclavos de la parte occidental y oriental de la isla.

Como se sabe, se ha afirmado numerosas veces que en la parte occidental la esclavitud revestía formas más brutales, más feroces; mientras que en la parte oriental, el trato que daban los amos de origen iropeo a los esclavos era mucho más benévolo.

A ese respecto, hay quienes consideran que las diferencias en el trato a los esclavos tuvieron su origen en los distintos sistemas socioeconómicos que regían en ambas colonias, los que generaron las relaciones sociales de una y otra parte, y sus diferencias.

En la parte oriental, como sabemos, la economía estaba basada en el pastoreo del ganado y el comercio de pieles y ganado en pie. Las pieles se embarcaban con destino a Europa fundamentalmente, y el ganado en pie se vendía a la vecina colonia occidental. En cambio, en la parte occidental, la producción se basó en el cultivo intensivo de productos tropicales de exportación, como la caña de azúcar, el café y secundariamente el algodón, el tabaco y el cacao. En esas condiciones es lógico pensar que en la colonia española se produjese un mayor acercamiento entre los colonos y sus escasos esclavos que pastoreaban ganado, haciendo vida común en dichas faenas o en la casa familiar donde estos últimos prestaban servicios domésticos.

Por el contrario, cabía esperar otro trato en la parte occidental, donde los esclavos por millares eran mantenidos segregados como fuerza de trabajo de las grandes plantaciones donde laboraban de sol a sol al ritmo brutal que imponía el látigo de los mayorales, sin el mejor contacto con sus amos.

Este criterio es opuesto a otro, según el cual las diferencias en el trato, si las hubo, tuvieron su origen más bien en las continuas rebeliones que los negros esclavos del Santo Domingo Español libraron por su libertad; grupos de los cuales se convirtieron en cimarrones por largo período de tiempo en nuestro país. Y digo "si las hubo", porque se ha llegado a negar tales diferencias en el trato a los esclavos de ambas colonias.

Se trata sin duda de un problema de interpretación histórica que se puede tratar de dilucidar a la luz del materialismo histórico. De acuerdo con éste, los hechos político-militares como el de las rebeliones frustradas de esclavos del Santo Domingo Español, si bien pudieron influir en cierto grado, constituyen hechos secundarios de lo

que fue fundamental en el desarrollo de este proceso histórico, como fue el modo de producción económica predominante.

Es más bien como exigencia de una forma de producción que surgen las relaciones sociales que le acompañan, como son los casos de las modalidades de esclavitud que existieron en las colonias francesa y española de la isla de Santo Domingo.

Otros aspectos coincidentes de este fenómeno fueron el fracaso del desarrollo económico de España durante todo ese período a causa del tremendo esfuerzo militar que su expansión imperialista le impuso y que la condujeron a una guerra casi constante con las potencias rivales. Asimismo, el establecimiento de una política comercial monopolista y de intermediaria con respecto a las colonias; la expulsión de los judíos y, en el caso de Santo Domingo, los efectos de la piratería establecida con las demás potencias contra el comercio español en el Caribe.

Todas estas causas contribuyeron a aislar a nuestro pueblo del tráfico comercial hasta el punto de que al finalizar el siglo XVI apenas uno o dos barcos al año tocaban regularmente nuestras costas. Vale decir que se había destruido casi totalmente la base comercial del desarrollo económico en la parte española de la isla.

A la extrema decadencia en que cayó la colonia de La Española, rebautizada extraoficialmente con el nombre de su capital: "Santo Domingo", único núcleo poblacional de importancia que restaba, hubo que añadir otras calamidades que se hicieron crónicas durante ese período infortunado, como fueron la carencia de rentas públicas y la lucha de los pobladores por el territorio.

El creciente déficit en las rentas públicas fue compensado a partir de las devastaciones por El Situado, partida presupuestal que vendría de México durante la mayor parte del período colonial. El Situado sería uno de los determinantes de la tendencia al colonialismo y a la dependencia de las élites dominicoespañolas por muchos años, ya que gran parte de la economía dominicana de ese período dependería de la llegada de ese subsidio anual.

Pero fue la constante lucha por el territorio frente a la voracidad de sus vecinos del Oeste, tierra infestada inicialmente de piratas y contrabandistas que encontraban en el territorio abandonado por los españoles, con abundante ganado cimarrón, la seguridad, el alimento

fácil y el potencial de desarrollo agrícola que serían un incentivo constante para incursionar cada vez más profundamente en territorio dominicano y para alimentar planes hacia su conquista total.

Así, los domínico-españoles tuvieron que organizar su vida social a partir de la premisa de la amenaza permanente a su estabilidad que provenía de occidente. De ese estado de cosas surgen las "cincuentenas" patrullas de domino-españoles organizadas así para recorrer las zonas de mayor peligro y enfrentar a los eventuales usurpadores; y que en 1691, con el triunfo de la batalla de Sabana Real del Limonal, cerca del Guarico, tuvo su máxima expresión la militancia de los criollos dominicanos en su determinación de proteger sus heredades frente a sus enemigos del Oeste.

Los domínico-hispanos, bien solos o con apoyo inglés (1695), golpearon una y otra vez los reductos franceses del Oeste, con un valor y efectividad digna de mejor destino, ya que poco después (1697), España cedía a Francia en derecho la parte que había ocupado de la isla en virtud del Tratado de Ryswick, firmado entre ambas potencias, Holanda y Alemania.

El hecho es que el nivelamiento económico por la pobreza general, la lucha común por el territorio contra las invasiones extranjeras desde Occidente; a lo que vino a añadirse el cese de toda inmigración, el mestizaje y el sincretismo cultural que tuvo lugar entre hispanos y nativos de origen africano. Todo ello vino a concretizar el criollo dominicano y la definición inicial de la futura conciencia nacional.

REACTIVACION COLONIAL Y DOMINICANIDAD, SIGLO XVIII

El siglo XVII español se desarrolló bajo el signo de Francia. Se inició con el establecimiento de la Casa de Borbón en el tronco de España en la persona de Felipe V y se cierra con el gobierno del afrancesado Godoy, funesto para España y sus colonias.

Como lógica consecuencia de ese hecho, la paz vuelve progresivamente a la isla aunque de manera inestable, ya que abundaron los choques armados para desalojar intrusos franceses de territorios fronterizos, todo lo cual había de culminar con el Tratado de Aranjuez (1777), que estableció de manera bastante clara los límites entre ambas colonias.

También se inicia en ese siglo una etapa de cooperación que se

prolongaría hasta el inicio de la guerra franco-española, en 1793.

Lo cierto es que a partir de entonces y en virtud de una visión más progresista de la administración pública, comienza a despertar la colonia española de Santo Domingo; si bien en Europa España tuvo que pagar inicialmente los platos rotos de las ambiciones de Luis XIV entregando los restos de su imperio europeo, y aún el Gibraltar y la Minorca españoles en virtud de la Paz de Utrecht (1713).

La rehabilitación colonial comienza con el establecimiento del comercio intercolonial, en virtud del cual el ganado y la madera del Este eran vendidos al Saint Domingue francés; de donde venían en cambio otros artículos de consumo y esclavos. Este comercio se produjo inicialmente de una manera espontánea y al margen de la Ley, debido a las necesidades de expansión de la colonia francesa escasa de carne y a la búsqueda de mercado de los hateros dominico-españoles para su ganado.

Luego, las autoridades de uno y otro lado trataron una y otra vez de buscar un flujo más seguro para ese comercio, así como beneficios para los estados que representaban y muchas veces para sí mismos, con impuestos no siempre legales. Estos intentos, que afectaban muchas veces a los comerciantes y pobladores de las zonas fronterizas, tropezaron más de una vez con la oposición tenaz de los mismos. A ese respecto, la llamada "Revolución de los Capitanes", en 1721, contra las autoridades peninsulares, que llegó a controlar la ciudad de Santiago y todo el Noroeste del país, la cual contó con el apoyo masivo de la población, es reveladora de la emergente conciencia nacional.

A partir de 1540, la creciente corriente comercial intercolonial, junto a otras actividades tales como el corso, el establecimiento del libre comercio en el puerto de Montecristi, la eliminación del monopolio comercial de España, así como un importante flujo emigratorio procedente de las islas Canarias, generaron una fuerte reactivación de la colonia española con la repoblación de ciudades y la rehabilitación de su vida cultural.

Sin embargo, tal reactivación, si bien indujo por contagio los inicios de la agricultura para exportación mayormente de tabaco, que se desarrollaría después en los alrededores de Santiago, no hizo en este entonces sino reforzar el modelo económico basado en el pastoreo de ganado y el poder social de los hateros, estimulado por los ingresos provenientes de sus exportaciones a la parte francesa.

En cambio, en el Occidente la producción basada en la agricultura intensiva de exportación con mano de obra esclava produciría un pasmoso crecimiento, muy superior al de sus vecinos; aunque a costa del dolor y la muerte de millares de esclavos explotados inmisericordemente, situación que llevaba el germen de estallido revolucionario que vendría antes de terminar dicho siglo.

LA IDENTIDAD NACIONAL DURANTE EL PERIODO DE TRANSFORMACIONES Y AGONIA DEL REGIMEN COLONIAL (1795-1821)

La Revolución Haitiana, hija legítima de la Revolución Francesa, se inició como sabemos con la lucha que iniciaron en la metrópoli y continuaron en el Saint Domingue francés los mulatos y sus aliados políticos por la igualdad de los derechos de ese estamento con los colonos blancos.

Pero a partir de 1791 los negros, que constituían la abrumadora mayoría de la vecina colonia, iniciaron la lucha por controlar su destino y terminaron arrastrado tras sí el de las dos comunidades que compartían la isla.

En efecto, la guerra franco-española, desatada con motivo de la decapitación del monarca francés Luis XVI, primo del español Carlos IV, determinó la participación de los españoles junto a los ingleses y los esclavos insurrectos contra la República en su escenario insular. Pero a la postre los negros acaudillados por Toussaint L'Ouverture se asociaron con los franceses a cambio de su libertad y del reconocimiento de los grados militares obtenidos. Esta alianza demostró ser de un poder incontestable y pusieron en retirada rápidamente a sus oponentes.

La República Francesa, victoriosa aquí y en Europa, dictó los términos de la Paz de Basilea, que incluyeron la cesión de toda la isla a Francia. Pero esta alianza de Toussaint con los franceses fue sólo parte de la estrategia que se trazó el gran caudillo haitiano para llevar su pueblo a hacerse dueño del destino de toda la isla. En el 1800, luego de desembarazarse de oponentes a su poder onmímmodo en la parte del Oeste; mulatos; criollos, colonos, altos oficiales y comisionados franceses de pactar inconsultamente con ingleses y norteamericanos, Louverture obligó a Roume, último comisionado del gobierno francés, a firmar el Derecho que lo autorizó a ocupar en nombre de Francia la parte española.

Toussaint entró en Santo Domingo y tomó el país de los españoles sin tener que ejercer violencia alguna, no sin antes tratar de poner de su parte las dos fuerzas sociales más dinámicas de la época: los hateros y los negros, garantizando que las propiedades y propietarios serían respetados, así como la emancipación total de los esclavos. Para entonces ya estos habrían dado signos claros del contagio reivindicativo de sus vecinos del Oeste con manifestaciones, tales como las escenificadas en el Ingenio de Nigua poco después de los levantamientos de esclavos de 1791 en el Guarico.

La puesta en vigencia de una constitución pseudo-democrática que consagra la autonomía de la isla para todos los fines prácticos y su designación como gobernador vitalicio y General en Jefe del ejército de la isla, junto a la conversión del régimen económico esclavista por uno de trabajo forzado bajo control estatal, así como los inicios de una política encaminada a alinear a la parte del Este dentro de ese esquema, constituyeron las manifestaciones claras de los designios del "más grande de los negros" con respecto al destino político de la isla.

La reacción de Francia ya bajo el férreo control de Napoleón, quien había logrado una paz favorable a sus intereses en Europa, no se hizo esperar: Envió a su cuñado Leclerc con una gran expedición con destino a la isla con intenciones de distraer el poder de Toussaint y luego de establecer la cabeza de playa de un imperio colonial francés en América, en donde la esclavitud volvería a convertirse en la espina dorsal de la producción colonial.

La invasión francesa de la parte española contó con la activa colaboración de los criollos dominicanos acaudillados por Juan Barón y los haitianos se rindieron a cambio de garantías, no sin antes generar el terror entre los habitantes de Santo Domingo con los degüellos y saqueos ordenados por el terrible coronel Daut.

La acción de Juan Barón y los dominico-españoles influídos por el sector hatero, y la neutralidad obtenida de los antiguos esclavos ya temerosos del plan de trabajos forzados de Toussaint, a cambio de promesas de que ésta no volvería a implantarse, permitió a la administración francesa permanecer en la parte del Este, aún después del colapso del ejército metropolitano en el Oeste y la declaración de la Independencia Haitiana, el 1º de enero del 1804.

Dessalines, el nuevo amo de la situación en Haití, luego de tratar de imponer un fuerte tributo a los dominicanos aun a despecho de

que colaboradores pro-haitianos, como el mulato Campo Tavares en Santiago le aconsejaron ser más flexible en sus exigencias a los representantes del Norte del país, en lugar de ganarse la voluntad o neutralidad de los negros y hateros, optó por invadir la parte del Este sin contemplaciones en 1805.

En esta ocasión también los dominicanos se aliaron en su gran mayoría a los franceses para rechazar esa expedición, que fracasó ante las puertas de Santo Domingo y obligó a Dessalines a retirarse no sin antes incendiar y pillar numerosas poblaciones del Norte del país, donde los haitianos degollaron o capturaron a centenares de dominicanos de raza blanca.

Estos hechos de sangre y el abandono en que dejó España a su más vieja colonia americana contribuyeron también poderosamente al despertar de la nacionalidad dominicana, aún cuando la administración francesa que le siguió, si bien progresista en el orden económico, propició la regresión histórica del retorno a la esclavitud y afectó los intereses de los hateros con su política de fomento de la agricultura y de mayores impuestos a las importaciones.

La Reconquista, propiciada por los hateros encabezados por Juan Sánchez Ramírez, quien tuvo la ayuda del gobernador español de Puerto Rico, contó también con un sector encabezado por Ciriaco Ramírez en el Sur, en el cual la idea de la Independencia fue planteada como alternativa válida menos peligrosa que la entrega de la soberanía a una potencia esclavista como España, que traería acaso consigo la amenaza haitiana.

Durante el período de la España Boba, las manifestaciones en pro de la Independencia rivalizaron con las tendencias pro-haitianas por parte de un sector de la población negra, aunque esta última se expresó quizás más débilmente a causa de la violencia terrorista del régimen esclavista de Sánchez Ramírez y los españoles que le sucedieron en el gobierno del país, particularmente hacia los hombres de raza de color, algunos de los cuales fueron colgados y quemados en alquitrán como escarmiento.

LA NACIONALIDAD DOMINICANA DURANTE EL PERIODO DE LA REPUBLICA BAJO REGIMENES EXTRANJEROS

La etapa colonial terminó en el país en noviembre de 1821, si se exceptúa el breve período de Anexión a España, 1861-1865. Pero cuando el Rector Universitario y Teniente-Gobernador, Lic. José

Núñez de Cáceres de su Golpe de Estado, creando con la participación de los criollos de la ciudad de Santo Domingo el Estado Independentista del Haití Español, lo hizo a espaldas de la población del interior del país, en un país ruralizado, y al margen de los dos grupos sociales más dinámicos todavía: los hateros, que habían estado asociados al régimen retrógrado de la España Boba, y los negros, sobre los cuales pesaba aún el régimen de esclavitud que no fue abolido con el cambio político.

De ahí que cuando Boyer decide invadir la parte del Este de la isla, para hacerla nuevamente "una e indivisible" en combinación con sus aliados dominicanos aquende la frontera, no sin antes actuar, remedando a Toussaint, garantizando propiedades y propietarios, y aboliendo la esclavitud, Núñez de Cáceres no tuvo base social ni militar para defenderse y hubo de entregarle al jefe de las llaves de la ciudad de Santo Domingo sin disparar un solo tiro.

Sobre el período de la dominación haitiana se ha escrito mucho, destacando particularmente sus aspectos negativos. Se ha analizado poco sin embargo en sus aspectos positivos y su influencia para hacer madurar la conciencia nacional dominicana.

La sola presencia de los haitianos en el país en situación dominante, un pueblo constituido en su mayoría por ex-esclavos con menor nivel cultural y social que el nuestro, despertó sin duda el orgullo de muchos dominicanos.

Pero, además, la dominación haitiana ayudó a derribar las barreras sociales que dividían la sociedad dominicana para lograr su integración en torno a objetivos comunes. Así, produjo un alto grado de integración racial a todos los niveles, introdujo el Código Napoleónico, mucho más avanzado que la legislación española, y expropió las extensas tierras de la Iglesia y de los propietarios que abandonaron el país entregándose tierras a virtualmente todos aquellos en disposición de cultivarla.

Sin bien el régimen haitiano estableció el servicio militar obligatorio sin distinciones sociales y ello contribuyó al cierre de la Universidad de Santo Domingo por falta de rentas eclesíásticas y de estudiantes, no es menos cierto que en dicho ejército la tropa elegía a sus oficiales, en virtud de lo cual no pocos de los patriotas aprendieron el arte de la guerra como oficiales del ejército haitiano, entre los que figuraron el propio Duarte, Santana, los Alfau, los Puello y otros.

Por los demás, al ser la mayor parte de los efectivos militares de puesto en la parte del Este dominicanos, por lo cual no puede decirse que existió en la mayor parte de ese período un estado de ocupación militar, sino de dominación política haitiana. De ahí que a la hora de la Independencia sólo existían en el país reducidos efectivos militares de occidente y fue tarea fácil recuperar el control de todo el territorio luego de la capitulación de la guarnición de Santo Domingo.

Voy más lejos, si bien hubo algunos excesos por parte de soldados haitianos radicados en el país durante los 22 años de dominación, éstos fueron mínimos dada la época y el nivel cultural del poder ocupante y en ningún caso partieron de una política gubernamental organizada. De todas maneras estos excesos fueron mucho menores que los cometidos por dicho régimen dictatorial en la propia parte occidental.

A ese respecto, no debe olvidarse que Boyer representaba a una élite mulata en un país de mayoría abrumadora negra, y es de suponer que muchos de sus prisioneros veían en la parte dominicana, con su mayoría mulata, una compensación en el equilibrio racial que debía preservarse. Pero además, en el orden económico el país disfrutó de una mayor libertad de comercio que en los períodos precedentes de dominación española. Libertad que unida a los beneficios de una larga paz produjeron como efectos una lenta, pero constante recuperación económica que estimuló los cultivos, sobre todo del tabaco en el Norte, así como los cortes de madera en el Sur, Este y Noroeste del país.

Si a esto añadimos que la legislación haitiana prohibía a los extranjeros ejercer el comercio detallista, permitiendo así que la mayor parte del comercio fuera ejercido por dominicanos; y que las ciudades fueran creciendo durante todo ese período, tenemos un cuadro bastante completo de la sociedad que gestó la Independencia Nacional.

Por supuesto que el régimen de dominación haitiana significó un baldón para muchos dominicanos, no sólo por el bajo nivel cultural del pueblo dominante y el perjuicio racial hacia este, si bien su élite era presumiblemente más culta que la nuestra para entonces, pero marginó la cultura hispánica y las influencias religiosas tradicionales en el país. Las élites dominicanas se sintieron humilladas y preteridas; y los niños y jóvenes apenas tenían oportunidades de educación.

Pero tampoco puede afirmarse en ningún caso que el régimen haitiano fuese más represivo que el que le había precedido.

El hecho es que los sentimientos antihaitianos se fueron generalizando, la conciencia nacional se fortaleció con muchos descreídos en virtud de la dominación de ese país. La pequeña burguesía de comerciantes y artesanos en las ciudades, y de agricultores en los campos del Norte y aun los hateros convertidos en cortadores de madera crearon la base social que haría posible la Independencia Nacional, separándonos de otro pueblo de rasgos culturales y étnicos diferentes, cuyo estado se encontraba depauperado y abrumado por una crecida deuda pública adquirida a cambio del reconocimiento de la Independencia haitiana por Francia, y cuyas ciudades principales había destruido materialmente un terremoto en 1842.

La independencia nacional fue motorizada por esa pequeña burguesía de la nueva generación de cuyo seno salieron Duarte, Sánchez y Mella, y tantos otros patriotas; pero sólo se consolidaría gracias a la alianza de clases con los hateros madereros cuya experiencias y recursos en la conducción de hombres los hacía más aptos para dirigir el proceso que seguiría a la declaración de la Independencia.

Las guerras domínico-haitianas fueron ganadas por los dominicanos no sólo por su patriotismo sino por algunas ventajas que resultaron claves para el triunfo. Por ejemplo, los dominicanos hacían la guerra a lomo de mulos y caballos y que tenían gran provisión, mientras que los haitianos la hacían a pies. Los criollos luchaban en su territorio y desde posiciones estratégicas, mientras los haitianos invadían y avanzaban desde abajo padeciendo numerosas bajas; y en fin los haitianos venían en gran número desde el vecino país, pero sin apoyo logístico de armamentos y pertrechos militares, por lo cual desde las primeras escaramuzas empezaban a desertar profusamente dejando a sus jefes abandonados mucho antes de llegar a su destino.

Pero la Independencia Nacional fue protegida durante la Primera República, muchas veces a pesar de sus dirigentes máximos que ofrecieron reiteradamente como colonia a protectorado de las potencias europeas y los Estados Unidos, gracias a las rivalidades y celos entre ellos; y sobre todo gracias a la leyenda negra que cubrió a toda la isla en Europa, identificada por mucho tiempo como tierra de maldición para los hombres de raza blanca porque había servido de tumba a millones de soldados de élite de España, Francia e Inglaterra durante la Revolución Haitiana y períodos siguientes; y ninguna potencia se decidía a correr suerte haciéndose cargo de su parte oriental.

LA DOMINICANIDAD A PARTIR DE LA ANEXION A ESPAÑA DEL 1861

Cuando finalmente Santana logra anexionar el país a España, dentro de un ambiente de fiebre colonialista en Europa que se reparte Africa y Asia e intenta recolonizar América Hispana en México, Sudamérica y las Antillas, ya Haití pasa a un segundo plano de la conciencia nacional y se convierte en solidaria de las luchas por nuestra independencia para hacer frente al enemigo común, aún cuando mantenga ambiciones de seguir absorbiendo en su favor territorio fronterizo.

Así, el apoyo del Presidente Geffrard a la Restauración de la República fue incontestable, lo mismo que la asistencia recíproca de Hisage Saget con Luperón y Cabral contra los designios antipatrióticos de Salnave y Buenaventura Báez en connivencia con el presidente norteamericano Ulises Grant.

